

Partimos de la enseñanza sobre el amor tal y como lo entiende Jesús de Nazaret:

Amaros los unos a los otros como yo os he amado (Jn 13,34) . Ese “como” tiene un doble sentido: que Él nos amó primero y que el amor de Jesús tiene un estilo característico único.

Ama al prójimo como a ti mismo (Lc 10,27). Es decir, ama al otro como alguien igual a ti, que tiene el mismo derecho que tú a ser feliz.

Hoy, al igual que hace dos mil años, la propuesta de Jesús suena escandalosa y sorprendente. **¿Qué entendemos por amor fraterno?**

a) Un amor que no excluye ni discrimina a nadie.

La mayor parte de las relaciones de tipo amoroso resultan selectivas: los amigos se eligen por la sintonía de gustos, los amantes por el enamoramiento y la seducción mutua, los camaradas por afinidad ideológica, los hijos son carne y sangre propia, con socios o clientes une el interés común... Pues bien, no cabe duda que la fraternidad es un tipo de relación abierta a cualquier persona por el sólo hecho de serlo y al margen de cualquier atributo adicional. Ya no hay diferencia entre judío y griego, esclavo o libre, varón o mujer...(Gal 3,28)

b) Un amor que iguala desde abajo.

Porque Dios quiere a todas las personas dichosas, tiene preferencia por los pobres. Su liberación es condición necesaria para la igualdad y, sin ésta, es imposible una verdadera relación de amor. Y Dios prefiere a los pobres no porque sean mejores sino porque, objetivamente, están peor y cualquier padre se preocupa más por los hijos más necesitados.

c) Un amor con alcance político y capaz de asumir conflictos.

Nuestro Dios “ha oído el clamor de su pueblo” (Ex 3,7-8) y se indigna con la injusticia y toda forma de opresión o explotación. La oposición a cualquier tipo de actitudes y estructuras generadoras de injusticia forma parte también de los ingredientes esenciales del establecimiento de la fraternidad cristiana, lejos por tanto de una concepción idílica, asistencial o romántica de la fraternidad. Sin embargo, como la fraternidad anunciada e iniciada por Jesús de Nazaret no puede establecerse por la fuerza (frente a toda forma de integrismo), la estrategia política del Reino asume la metodología de la debilidad, la no violencia y los valores del respeto y la tolerancia.

d) Un amor que baja para restablecer el diálogo.

El hermoso Himno de la Carta a los Filipenses señala que Cristo, siendo Dios, renunció a su categoría divina para hacerse un hombre cualquiera. Ciertamente, para entablar una relación de cariño es necesario ponerse al mismo nivel. También la humildad y el perdón son reflejo de la fraternidad cristiana.

e) Un amor que reconoce y valora las diferencias.

La conocidísima imagen paulina del cuerpo como metáfora de la comunidad cristiana, aporta una enseñanza irrenunciable: nadie es tan pobre que no tenga algo que aportar al resto, ni tan rico que no necesite nada de los demás. No se trata de exigir a todos lo mismo o de imponer un modelo único de persona. Se trata más bien de que cada uno explotemos a fondo nuestros talentos para el bien de todos.



f) Un amor que comparte efectivamente.

Compartir lo que somos y tenemos con quienes lo necesitan es el signo más claro de la proximidad del Reino. Recordar que compartir hace referencia a intercambiar y no a “dar” o a “ser generosos”. En la fraternidad, los hermanos se ayudan para resolver los problemas de la vida (comer, empleo, enfermedad, tristeza,...)

g) Un amor que universaliza a partir del próximo/prójimo.

Una tentación entre nosotros es la de, con la excusa de amar a todo el mundo en general, no nos implicamos efectivamente con nadie. En Jesús, el servicio se hace universal no porque se refiera en abstracto a todo los hombres, sino porque la mirada atenta a las personas cercanas no seleccionaba a los potenciales destinatarios de su entrega (los de su familia, los de su pueblo, los conocidos). Más bien, incluía a aquellos en quien nadie se fijaba (extranjeros, niños, mujeres, herejes, etc..).

h) Un amor fiel y gratuito.

Frente a toda concepción calculadora, condicionada o posesiva de las relaciones personales, Jesús mostró un camino en el que su entrega a la gente no dependió nunca de la respuesta que encontró entre quienes le rodeaban (que muchas veces fue de incomprensión, abandono o rechazo).

i) Un amor que acepta y sana las heridas.

Algunas idealizaciones de la fraternidad corren el riesgo de presentarla como un programa para superhéroes, ejemplo de una generosidad intachable. Nada más lejos de la visión evangélica de las cosas. La comunidad cristiana se sabe enferma, débil y pecadora, pero a la vez, curada, fortalecida y perdonada. Por eso, compartir es poner en común no sólo lo bueno que somos y tenemos, sino también todas nuestras limitaciones. Esa aceptación de la parte dolorosa de la vida de cada uno constituye un ingrediente básico de nuestra humanización.

j) Un amor que ha sido amado primero.

Es el rasgo básico de la fraternidad. Si le menciono al final es porque se descubre, normalmente, cuando se lleva recorrido cierto camino de fe.

En el fondo, todo el amor que ponemos en la construcción de la fraternidad es un regalo de Dios, es su Espíritu que habita en nosotros haciéndonos capaces de vivir, en cierta medida, acordes con nuestra verdadera vocación a ser una familia de hermanos.

Quienes se han sentido de verdad amados, liberados, salvados, son aquellos que comprenden que la mayor causa a la que podemos entregar la vida es a la del Reino de Dios. Ellos saben que este Reino está protagonizado y promovido por el mismo Dios, pero que requiere de nuestra colaboración para su realización efectiva.



PREGUNTAS PARA LA REFLEXION:

1. ¿Cuáles son tus límites actuales para vivir desde la fraternidad?
2. ¿Cuáles son tus heridas en la experiencia de fraternidad evangélica?
3. ¿Cuáles son tus cualidades y posibilidades para vivirte en fraternidad?
4. ¿De qué manera influye tu experiencia de fe en la manera en la que te relacionas con los demás? Intenta describirlo con ejemplos.

